

castellano, el teatro, y en el teatro castellano, sobre todo, Calderón, cifra y compendio de los caracteres diferenciales y exclusivos del casticismo castellano.

Y procuraremos ver, por último, sus esfuerzos por llegar a lo eterno de su conciencia, por armonizar su idealismo quijotesco con su realismo sanchopancino, esfuerzos que se revelan en el fruto más granado del espíritu castellano, en su castiza y clásica mística.

Marzo de 1895.

III

EL ESPÍRITU CASTELLANO

C ASTICÍSIMO es en nuestras letras castizas el teatro, y en éste el de Calderón, porque si otros de nuestros dramaturgos le aventajaron en sendas cualidades, él es quien mejor encarna el espíritu local y transitorio de la España castellana castiza y de su eco prolongado por los siglos posteriores, más bien que la humanidad eterna de su casta; es un «símbolo de raza»¹. Da cuerpo a lo diferencial y exclusivo de su casta, a sus notas individuantes, por lo cual, a pesar de haber galvanizado su memoria tudescos rebuscadores de ejemplares típicos, es a quien «leemos con más fatiga» los *españoles* de hoy, mientras Cervantes vive eterna vida dentro y fuera de su pueblo.

¹ Así le llama en sus conferencias acerca de «Calderón y su teatro» el Sr. Menéndez y Pelayo, añadiendo de él que es «poeta españolísimo», «nuestro poeta nacional por excelencia», el que «cifra, compendia y resume en sí todas las grandezas intelectuales y poéticas de nuestra edad de oro... la España antigua con toda la mezcla de luz y de sombra, de grandeza y de defectos».

Calderón, el símbolo de casta, fué a buscar carne para su pensamiento al teatro, en que se ha de presentar al mundo en compendio compacto y vivo, en sucesión de hechos significativos, vistos desde afuera, desvaneciéndose a último término, hasta perderse a las veces, el nimbo que los envuelve, el coro irrepresentable de las cosas ¹.

Y de todos los teatros, el más rápido y teatral es el castellano, en que no pocas veces se corta, más bien que se desata, el nudo gordiano dramático. Lope, sobre todo, suele precipitar el desenlace, la *anagnórisis*.

Por toda la literatura castellana campea esa sucesión caleidoscópica, y donde más, en otra su casticísima manifestación, en los romances, donde pasan los hombres y los sucesos grabados al agua fuerte, sobre un fondo monótono, cual las precisas siluetas de los gañanes a la caída de la tarde, sobre el bruñido cielo. El didactismo a que propende esta misma literatura suele por su parte resolverse en rosario de sentencias graves, en sarta sin cuerda a las veces.

En el teatro calderoniano se revela de bulto esa

¹ En la ópera es donde halla representación. Así es que el genuino teatro alemán es Wagner con el *leitmotiv* de melodía infinita que se desarrolla en sinfonía armónica e inarticulada.

suerte de ver los hechos en bruto y yuxtapuestos por de fuera. El argumento es casi siempre de una sencillez y pobreza grandes, los episodios pegadizos y que antes estorban que ayudan a la acción principal. No se combinan, como en Shakespeare, dos o más acciones. Una intriga enredosa á las veces, pero superficial, caleidoscópica, y sobre todo enorme monotonía en caracteres, en recursos dramáticos, en todo ¹.

Por ver los hombres en perfil duro no sabe crear caracteres; no hay en sus personajes el rico proceso psicológico interno de un Hamlet ó un Macbeth, es «psicología de primer grado, como las imágenes coloreadas de Alemania son pintura elemental», dice Amiel (*Journal intime*, 8 janvier 1863), juzgando de refilón de nuestro teatro.

«Todas las cosas están allí apuntadas y casi ninguna llevada a cabal desarrollo», lo que se atribuye a «condiciones del ingenio español (castellano)... la rapidez y la facilidad para comprender un carácter y lo incompleto de su desarrollo.» (M. y P.) *¿Rapidez para comprender?* Es que pasan el hecho o la idea recortados, sin quebrar su cáscara y derramar sus entrañas en el espíritu del

¹ «Pecado capital de Calderón», llama el Sr. Menéndez a la monotonía.

que los recibe, sin entrar a él envueltos en su nimbo y en éste desarrollarse.

El desarrollo es la única comprensión verdadera y viva, la del contenido; todo lo demás se reduce a atrapar un pobre dermato-esqueleto encaillable en el tablero de las categorías lógicas. La idea *comprendida* se ejecuta sola, *sponte sua*, como en la mente shakespeariana. En la de Calderón se petrifica. Superar en ejecución lo es en verdadera comprensión, porque la ejecución revela la continuidad y vida íntimas de la idea.

Como las buriladas representaciones calderonianas no rompían su caparazón duro, fué el poeta, no viéndolas en su nimbo, a buscarles alma al reino de los conceptos obtenidos por vía de remoción excluyente, a un idealismo disociativo ¹, y no al fondo del mar lleno de vida, sino a un cielo frío y pétreo.

Este espíritu castizo no llegó, a pesar de sus intenciones, a la entrañable armonía de lo ideal y lo real, a su identidad oculta, no consiguió soldar los conceptos anegándolos en sus nimbos, ni alcanzó la inmensa sinfonía del tiempo eterno y del

¹ Calderón es poeta idealista «porque ha excluido absolutamente de su teatro todos los lados prosaicos de la naturaleza humana.» (M. y P.) ¡Prosa de la vida, fondo inmenso de eterna poesía!

infinito espacio de donde brota con trabajo, cual melodía en formación y lucha, el Ideal de nuestro propio Espíritu. Para él dos mundos, un caleidoscopio de hechos y un sistema de conceptos, y sobre ellos un Motor inmóvil.

Espíritu éste dualista y polarizador. Don Quijote y Sancho caminan juntos, se ayudan, riñen, se quieren, pero no se funden. Los extremos se tocan sin confundirse y se busca la virtud en un pobre justo *medio*, no en el *dentro* en donde está y debe buscarse. Sáltase de los hechos tomados en bruto y sin nimbo a conceptos categóricos. Cuando Quevedo no nos cuenta al buscón don Pablos comenta a Marco Bruto, y el grave Hurtado de Mendoza narra las picardías del Lazarillo del Tormes.

Calderón nos presenta la realidad «con sus contrastes de luz y de sombra, de alegrías y de tristezas», sin derretir tales contrastes en la penumbra del nimbo de la vida, «*mezcla* lo trágico y lo cómico», sí, los mezcla, no los combina químicamente. Y así «en nuestro teatro más que idealismo hay convencionalismo, y más que realismo la realidad histórica de un tiempo dado» y «cierta lijereza y superficialidad», la de no pasar de la superficie.

Genuinamente castizos son nuestros dramas

teológicos y autos sacramentales, con sus personajes sin vida, la Fe, la Esperanza, el Aire, el Fuego, el Agua, la Encarnación, la Trinidad, no seres vivos, sino

tumba de huesos, cubierta
con un paño de brocado.

En su idealismo se pone lo grande de Calderón, su «genio sintético y comprensivo», viendo en él grandeza de concepción y una alteza tal de ideas teológicas, intelectuales y filosóficas, que resultaba mezquina toda forma para encerrarlas, «alteza de la idea inicial de sus obras». Mas como aun así no pueda proponérsele cual modelo de belleza, ni supo hallar «lo que es universal y eterno del corazón humano», se nos dice que «no bastan por sí solas las grandes ideas para hacer con ellas grandes dramas».

Las grandes ideas categóricas y abstractas, no.

Distinguen al ingenio castellano «grandeza inicial y lucidez pasmosa para sorprender las ideas; poca calma, poca atención para desarrollarlas». (M. y P.) ¡Es claro!, como las *sorprende*, se le escapan sin entrar en él e imponerse a su atención, para desarrollar por sí, en virtud propia, su contenido. La «intuición rápida» de «proceder como por adivinación y relámpagos», es falta de

comprensión viva, genética; los relámpagos deslumbran, no alumbran.

¡Genio *sintético* y *comprensivo* el que ni vislumbró la unidad de los dos mundos! ¡*Armonismo* un mero *enlace* de ellos, en que se ve la pegadura! ¡Pobres altísimas concepciones, muertas de desnudez, sin carne en que abrigarse! La mera ocurrencia de sacar a tablas conceptos abstractos delata toda la flaqueza de este ingenio, como lo empedernido de su idealismo el encontrarse resuelto (!!!) en sus obras «el enigma de la vida humana... sin luchas, sin vacilaciones, sin antinomias, sin dudas siquiera».

No es de extrañar que se sobreponga el idealismo de Calderón al de Shakespeare, y aun que no se le vea bien en éste. El inglés pone en escena a que desarrollen su alma hombres, hombres, *ideas* vivas, tan *profundas* cuanto *altas* las más elevadas del castellano. El rey Lear, Hamlet, Otelo, son ideas más ricas del contenido íntimo que cualquiera de los conceptos encasillables de Calderón. ¡Un hombre!, un hombre es la más rica idea, llena de nimbos y de penumbras y de fecundos misterios.

Calderón se esforzaba por revestir huesos de carne y sacaba momias, mientras que en el proceso vivo brota el organismo todo de un óvulo fe-

cundado, surge del protoplasma del nimbo orgánico, dibujándose un dentro y un fuera, un endodermo y un ectodermo, y formándose poco a poco en su interior, del tejido conjuntivo endurecido por sales calcáreas del ambiente, el esbozo de los huesos, que son lo último que queda y persiste cuando el ser ha muerto, delatando la forma viva perdida para siempre. Huesos encerrados en lo vivo por carne palpitante, huesos que admiran los osteólogos y paleontólogos en los dramas sarmentosos de Calderón, y que en Shakespeare están vivos, con tuétano caliente; pero sustentando, ocultos por la carne, la fábrica viva toda de que surgieron, inconcientes a su autor. Para el inglés los óvulos eran cuentos, novelas; anécdotas, *sucesos vivos*; en nuestro teatro abundan como tales lugares teológicos o de parecida laya ¹.

Por sumirse en el fondo eterno y universal de la humanidad, que es la más honda y fecunda idea, donde se confunden los dos mundos, por cuyo ministerio brota el ideal de la realidad, de la naturaleza el arte, Shakesperare, sabiendo de pobre historia paleontológica tan poco o menos que Calderón, más letrado que él, penetra en el alma de

¹ «Vaya el que fuere curioso a Belarmino», dice Tirso al acabar su hermoso drama *El condenado por desconfiado*.

la antigüedad romana por la estrecha puerta de una mala traducción de Plutarco y resucita en su *Julio César* la vida del foro resonante, mientras Calderón, atado a la *historia* de su tiempo y de su suelo, apenas se despega de lo transitorio y local. Penetra Shakespeare en la intra-historia romana y en la del alma con *Hamlet*, encarnación de humanidad tan profunda como el alegórico Segismundo, más viva. Y por ser más profundas sus concepciones vivas, informulables, es por lo que alcanza la «verdad humana, absoluta, hermosa» y la «expresión *única*».

Hay en nuestro castizo teatro disociación entre el idealismo y el realismo y en punto a éste los graciosos, que representan el fallo de la razón imparcial y sobria del común sentido ¹. El gracioso, impertinente a menudo, «de un modo realista y prosaico, *no exento de vulgaridad y aun de grosería*, vuelve siempre por los fueros del sentido común». No exento de vulgaridad y aun de grosería nuestro Sancho, es cierto, pero Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, Sancho

¹ Véase A. F. Schack, *Historia de la literatura y el arte dramático en España*, segundo período, parte primera, capítulo xi (págs. 450 y 459 del tomo II, de la traducción de don Eduardo de Mier). El Sr. Menéndez compara el gracioso al coro de la tragedia clásica.

sincero. ¡*Impertinentel*, esto es, disociado, que no casa bien con el idealismo de su Quijote.

Este espíritu disociativo, dualista, polarizador, se revela en la expresión, en el vano lujo de colores y palabras, en el énfasis, en la «inundación de mala y turbia retórica», en la manera hinchada de hipóboles, discreteos, sutilezas y metáforismo apoplético. Nuestros vicios castizos, desde Lucano y Séneca acá, el culteranismo y el conceptismo, brotan del mismo manantial. Dícese que el culteranismo y la hipóbole arrancan de brillantez de imaginación, el conceptismo de agudeza de ingenio.

¡Socorrido recurso el de la brillante o fogosa imaginación española! Aquí entran en cuenta el sol y otros ingredientes. Y en realidad, sin embargo, imaginación seca, reproductiva más que creadora, más bien que imaginación fantasía, empleando tecnicismo escolástico. O los hechos tomados en bruto, en entero y barajados de un modo o de otro, no desmenuzados para recombinarlos en formas no reales, o bien conceptos abstractos. Nuestro ingenio castizo es empírico o intelectual más que imaginativo, traza enredos entre sucesos perfectamente verosímiles; no nacieron aquí los mundos difuminados en niebla, los mundos de hadas, gnomos, silfos, ninfas y maravillas. Pueblo fanáti-

co, pero no supersticioso, y poco propenso a mitologías, al que cuadra mejor el monoteísmo semítico que el politeísmo ariano. Todo es en él claro, recortado, antinebuloso: sus obras de ficción muy llenas de *historia*, hijas de los sentidos y de la memoria, o llenas de didactismo, hijas de la intelectual. Sus romances por epopeyas y por baladas, y el *Quijote* por el *Orlando*.

La imaginación se apacienta en los nimbos de los hechos, nimbos que el castizo espíritu castellano repele, saltando de los sentidos a la inteligencia abstractiva. Y al tomar en bruto los hechos para realizarlos, acude al desenfreno del color externo, de lo distintivo en ellos, así como cae por otra parte en el conceptismo de los universales faltos de nimbo; sensitivismo e intelectualismo, disociación siempre.

Cuando se alcanza mal a repartir en un cuadro los matices y medias tintas de tal suerte que en la unidad del conjunto aparezcan los objetos encajados, subordinados al todo, se cae en el desenfreno del colorismo chillón y de mosaico, de brillos metálicos, corriendo tras el enorme despropósito de que las figuras *se salgan del cuadro*, que vale tanto como desquiciarlas de su puesto y disociarlas de la realidad, acudiendo para ello a procedimientos de efecto escenográfico, más que sean

pintar en el marco la sombra de la pezuña de un caballo o cualquier otro desatino tan desafortado. El ver las cosas destacarse a cuchillo es no percibir que es su forma en parte la del molde que les da el fondo, y así, por no dibujar tanto hacia fuera como hacia dentro, se busca la línea *continente* por serie de rectificaciones que engendran perfil confuso e incierto, *desdibujada* resultante de tanteos.

La poca capacidad de expresar el matiz en la unidad del nimbo ambiente lleva al desenfreno colorista y al gongorismo caleidoscópico, epilepsia de imaginación que revela pobreza real de ésta; la dificultad en ver la idea surgiendo de su nimbo y dentro de él, arrastra a la escenografía intelectualista del conceptismo; y la falta de tino para dibujar las cosas con mano segura a la par que suave, en su sitio, brotando del fondo a que se subordinan, conduce a las tranquilas oratorias de acumular sinónimos y frases simétricas, desdibujando las ideas con rectificaciones, paráfrasis y corolarios. Y de todo ello resulta un estilo de enorme uniformidad y monotonía en su ampulosa amplitud de estepa, de gravedad sin gracia, de períodos macizos como bloques, o ya seco, duro y recortado. Y en este estilo dos retóricas, la de la oratoria y la de la dialéctica, metaforismo de oradores, ergotismo de teólogos y leguleyescas citas.

El elemento *intelectivo* es lo que «ahoga y mata la expresión natural y sencilla», sofocada al peso de categorías; la expresión *única* brota de la idealidad de lo real concreto.

II

Es grande Segismundo, precursor del Quijote, y hay eterna grandeza en Pedro Crespo y aun en Don Lope de Almeida, porque todos ellos, y con ellos su creador, eran algo más que mentes nacidas para comprender el mundo. Eran voluntades con los vicios y la bondad íntima de la energía que desborda. La inteligencia misma es forma de voluntad.

Todo espíritu que pase por enérgica abstracción desde recortadas sensaciones a conceptos categóricos, sofocando el nimbo de las representaciones, o es juguete de los *motivos* del ambiente, o reacciona sobre ellos con voluntariedad de arranque en resoluciones bruscas y tenaces; o ya esclavo o ya tirano de lo que le rodea. Los personajes de nuestro teatro, y aun los de nuestra historia, se forman más de fuera a dentro que a la inversa, más por cristalización que por des-

pliegue orgánico, produciéndose *ex abrupto* no raras veces. En Lope los hay que cambian de repente, sobre todo al final de sus comedias, sin causa justificada. «Los sentimientos más opuestos brotan en su pecho, sin ofrecer las *gradaciones* que entre nosotros», dice de los españoles el alemán Schack. Cuando no son de una pieza, se mueven guerra, dividiéndose en dos, o ya son sistema de contradicciones, como el egoísta generoso, el Don Domingo de Don Blas, de Alarcón.

Obedecen nuestros héroes castizos a la ley externa, tanto más opresiva cuanto menos intimada en ellos, abundando en conflictos entre dos deberes, entre dos imperativos categóricos, sin nimbo en que concordarse. A la presión exterior oponen, cual tensión interna, una voluntad muy desnuda, que es lo que Schopenhauer gustaba en los castellanos por él tan citados y alabados. Acá vino también Merimée a buscar impresiones fuertes y caracteres *simples*, bravíos y enteros.

A la disociación mental entre el mundo de los sentidos y el de la inteligencia, corresponde una dualidad de resoluciones bruscas y tenaces y de indolente matar el tiempo, dualidad que engendra, al reflejarse en la mente, fatalismo y librearbitrismo, creencias gemelas y que se completan, nunca la doctrina del determinismo de la espontaneidad.

Se resignan a la ley o la rechazan, la sufren o la combaten, no identifican su querer con ella. Si vencidos, fatalistas; librearbitristas cuando vencedores. La doctrina es la teoría de la propia conducta, no su guía.

En las disputas teológicas que provocaron el calvinismo, primero, y el jansenismo, más tarde, teólogos españoles fueron los principales heraldos del libre albedrío. ¡Frasas vigorosas el «no me da la real gana» y el «no importa»! Y aún las hay más enérgicas y castizas, que vienen como anillo al dedo a la doctrina schopenhaueriana de que la voluntad es lo genérico, así como la inteligencia lo individuante en el hombre, que el foco, *Brennpunkt*, de aquélla son los órganos genitales. Todo español sabe de dónde le salen las voliciones enérgicas.

«Y teniendo yo más alma, ¿tengo menos libertad?»

grita Segismundo. Tener más alma es tener más voluntad entera, más masa de acción, más intensa; no mayor inteligencia ni más complejo espíritu.

Y junto a esta voluntariedad simplicista de esta enérgica casta de conquistadores, fe en la suerte: *Da ventura a tu hijo y échalo en el mar*. Fe en la estrella, buena si se triunfa, si se sucumbe

mala. Es el vislumbre de sentirse arrebatado de algo íntimo, más hondo que la conciencia.

La monotonía de caracteres del castizo teatro castellano paréceme ser reflejo de un rasgo real. Caracteres los de esta casta de individualidad bien perfilada y de complejidad escasa, más bien unos que *armónicos*, formados los individuos por presión exterior en masa pétreo, personas que se plantan frente al mundo, y le arman batalla sin huir del peligro, que en la ocasión se moverán guerra a sí mismos sin destruirse, y que si se dejan morir es matando, como Sansón con todos los filisteos ¹.

Eran almas éstas tenaces e incambiables, castillos interiores de diamante de una pieza, duro y cortante. Genio y figura hasta la sepultura; lo que entra con el capillo sale con la mortaja; lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama.

¹ Alabando Hernando de Pulgar en *Los Claros varones de España* al almirante D. Fadrique, porque «ninguna fuerza de la fortuna abaxó la fuerza de su coraçon», añade: «Loan los historiadores romanos por varón de gran ánimo a Caton, porque se mató no pudiendo con pácienza sufrir la victoria de César su enemigo. Yo no sé por cierto qué mayor crueldad le hiciera el César de la que él se hizo... Y adornan su muerte diziendo que murió por aver libertad. Y ciertamente *no puedo entender qué libertad pueda aver para si ni para dar a otro el hombre muerto*». Esto último es castizo y de oro puro.

Al plantarse en sociedad cada una de estas almas frente a las otras, prodújose un verdadero anarquismo igualitario, y a la par anhelo por dar a la comunidad la firme unidad de cada miembro, un verdadero anarquismo absolutista, un mundo de átomos indivisibles e impenetrables en lucha dentro de una férrea caja, lucha de presión externa con interna tensión.

Fué una sociedad guerrera ¹, y en la guerra misma algo de anárquico, *guerrillas* y *partidarios*.

En tales sociedades y con tales individuos próngase un sentido de justicia primitivo, vengándose *devengan* sus derechos. En Pedro Crespo se une a la justicia la venganza y tenemos un rey a quien llaman unos el Cruel y el Justiciero otros. Entre nosotros buscaba Schopenhauer ejemplos del anhelo de llevar «al dominio de la experiencia la justicia eterna, la individuación» dedicando a las veces toda una vida a vengar un entuerto, y con previsión del patíbulo ².

¹ Ya Tucídides decía (vi, 90) que los iberos eran tenidos comúnmente por los más belicosos de los bárbaros, y Trogo Pompeyo que si les falta guerra fuera, se la buscan dentro.

² Véase el cap. LXIV del libro IV de *El Mundo como voluntad y representación*, donde cita el caso de aquel boticario (a quien hace obispo) que en la francesada envenenó a varios oficiales (generales los hace) convidándolos a su mesa,

Pasamos, según Rasch (*Das heutige Spanien*), en Alemania, ¡prepárese el lector!... a la vez que por ganosos de fama, codiciosos e indolentes, *ruhmsüchtig, golddürstig, faul*, por crueles y sanguinarios, *grausam, blutdürstig*. Cuando los extranjeros nos quieren mal y tratan de traer a cuenta nuestras flaquezas, no olvidan al inhumano duque de Alba, a su Juan de Vargas y su Consejo de sangre, los autos de fe y los quemaderos, y los desenfrenos todos de nuestro *odium theologicum*. Es dureza de combatiente.

El valor, valor de toro. «¡Ve a vencer!»—dice arrogantemente el rey a Rodrigo de Vivar en *Las Mocedades del Cid*—y en éstas, al morir Rodrigo Arias, repite a su padre: Padre, ¿he vencido, he vencido?... yo muero, padre, ¿he vencido?»

En la vida de lucha conviene además juntar al esfuerzo astucia, aquella arma del fuerte y ésta del débil. «Apenas había término medio entre el caballero y el pícaro»—dice el Sr. Menéndez. Confundíanse uno en otro; en horas de *insolación* asoma bajo el aristócrata el chulo.

Esta voluntad se abandona indolentemente al curso de las cosas si no logra domarlo a viva fuer-

y envenenándose él con ellos. Aquí estriba lo heroico para Schopenhauer. Remite para más ejemplos al cap. xii del libro II de Montaigne.

za, no penetra en él ni se apropia su ley; violencia o abandono más o menos sostenidos. Es poco capaz de ir adaptándose lo que le rodea por infinitesimales acciones y pacienzudos tanteos, compenetrándose en las pequeñeces de la realidad, por *trabajo* verdadero. O se entrega a la rutina de la obligación, o trata de desquiciar las cosas; padece trabajos por no trabajar.

Es proverbial nuestro castizo horror al trabajo, nuestra holgazanería y nuestra vieja idea de que «ninguna cosa baja tanto al hombre como ganar de comer en oficio mecánico», proverbial la miseria que se siguió a nuestra edad del oro, proverbiales nuestros pordioseros y mendigos y nuestros holgazanes que se echan a tomar el sol y se pasaban con la sopa de nuestros conventos.

El que se hizo hidalgo peleando moriría antes que deshonorar sus manos ¹.

¹ «Ser bien nacido y de claro linaje es una joya muy estimada, pero tiene una falta muy grande, que sola por sí es de muy poco provecho, así para el noble como para los demás que tienen necesidad. Porque ni es buena para comer, ni beber, ni vestir, ni calzar, ni para dar ni fiar; antes *hace vivir al hombre muriendo, privado de los remedios que hay para cumplir sus necesidades*; pero junta con la riqueza no hay punto de honra que se le iguale. Algunos suelen comparar la nobleza al cero de la cuenta guarisma, el cual solo por sí no vale nada, pero junto con otro número le hace subir mucho.» Dice el doctor Juan Huarte en el cap. xvi de su *Examen de ingenios*.